

ENTRE TEORÍA Y ACCIÓN: HOY AQUÍ DISLOCAR EL DISCURSO.

***Indebidamente empezamos por el final. Hoy aquí comienzo con las palabras que cerraran este discurso pasados apenas quince minutos -localizadas reglas tácitas y dispositivos que determinan el dominio propio de lo teórico protegiéndolo ante cualquier intrusión cabe imaginar, aunque sea de manera meramente tentativa, un discurso tal que se mantenga ajeno a ellas, que no cuente con esos dispositivos o que los eluda sistemáticamente, entre un espacio y otro, ni en uno ni en otro, hoy aquí, en el intersticio justo, entre teoría y acción- para empezar, ahora sí, desde un principio:**

“Filosofía y acción”: estas tres palabras focalizan todo lo que acontezca y pueda acontecer a lo largo de este congreso. De algún modo marcan su perímetro, lo delinear. Lo recortan. Marcan la separación respecto a todo aquello que hoy le resulta ajeno a la vez que lo unifican bajo un mismo dominio. Pero ¿se puede hablar de *un* dominio? ¿Las fronteras y límites que parecen dibujar estas tres palabras cuando cumplen su papel de título concretan realmente un espacio común? ¿Se dejan localizar en un mismo espacio? Dicho de otro modo: ¿hay un lugar para la filosofía en acción?

Ahora aquí, en esta sala, conmigo aquí ante estos papeles y ante este micrófono que me otorga cierto privilegio (el de la voz), tal vez convendría recorrer esas líneas, las fronteras que trazan estas palabras –“filosofía y acción”- para así poder atender a la pregunta acerca de ese lugar.

Recorrer fronteras, trazar líneas, dibujar o redibujar un lugar problemático. Para ello nos ubicamos, un poco a contracorriente, en la más insignificante, en la más neutra y aparentemente inofensiva de esas tres palabras. Nos ponemos en el lugar de esa *y*. Entre uno y otro término, la conjunción, a pesar de manifestar una falta de contenido propio, dinamiza la relación entre los términos que la rodean, establece las tensiones y afinidades necesarias para que los otros términos entren en contacto. De algún modo, si *filosofía y acción* logran conjugarse en algún punto lo harán a costa de esta “*y*”. De

* En adelante cada tipografía corresponde a cada una de las voces que superponiéndose y cruzándose constituyen el “discurso”

hecho es ella la que señala hacia la posibilidad de ese lugar común que acabamos de poner entre interrogantes. De haber efectivamente ese presunto lugar que acoge a este congreso se soportaría en esta conjunción, descansaría en ella. Es más, podríamos incluso afirmar que de esta *y* depende que lo dicho o hecho en este congreso esté o no fuera de lugar.

Pero conjugar ¿es suficiente? Tal vez, cuando entre dos términos se coloca estratégicamente una *y* no solo se establece una unión, o mejor dicho: una unión de este tipo ¿no implicaría necesariamente una agresión? ¿No puede un término tan aparentemente neutro como una simple conjunción, una *y* como la que nos ocupa, suscitar una violencia extrema? Quizá, él mismo *y* de manera inesperada pueda llevar a cabo una violación difícil de asimilar, una ruptura de las membranas que separan el adentro del afuera *y* que aseguran la pureza e integridad de un organismo. ¿Cuál puede llegar a ser el alcance de dicha agresión? ¿Cuál es su carácter? ¿A qué violencia puede conducir esta conjunción?

A lo largo de todo el transcurso de la metafísica occidental el espacio propio de la filosofía ha sido el campo de la teoría, de la contemplación *y*, en ese sentido, el de cierta pasividad. A la vez, ha sido en este campo en el que parece haberse trazado la propia línea divisoria entre la teoría *y* la acción. Así pues, decir “filosofía *y* acción”, o aún más “filosofía en acción”, parece equivaler a poner en suspenso esta frontera, a transgredir o violar estos límites que mantienen la separación entre los campos, entre lo propio *y* lo ajeno, *y* que de algún modo se han perpetuado a lo largo de toda la metafísica occidental en la división de los distintos saberes *y* actividades. Decir *filosofía en acción* equivale, en resumidas cuentas, a cuestionar la división clásica entre teoría *y* praxis.

Si ese *y* o ese *en* que se inserta entre los términos fuesen realmente efectivos, harían tambalear hoy aquí los márgenes que mantienen al filósofo, al jurista, al médico, al ingeniero *y* al artista suficientemente alejados entre sí, reconocibles e identificados. *Y* si dado el caso no los conmoviese desde su base sí, al menos, permitiría ponerlos seriamente en cuestión. Nos apropiamos de Deleuze: actuar en medio, movernos entre medias: esa es tal vez la mayor capacidad de esos elementos neutros que parecen colarse en los intersticios, entre teoría *y* acción o entre filosofía *en* acción. Discretamente desplazan los campos o amenazan borrar los márgenes que los definen. He aquí la violación. Así pues, la fidelidad a estas pocas palabras –*filosofía y acción* o *filosofía en acción*– deberían situar este congreso que nos reúne *y* enmarca en un lugar peculiar: el

lugar incómodo del desplazado, el de la teoría más allá de la teoría o, dicho de otro modo, el de la teoría en el lugar que ella misma se ha vedado y prohibido.

En cambio, hoy aquí, en esta sala en la que hablo y escuchan, la línea de

La línea de

separación lejos de borrarse actúa de forma activa, se perpetúa.

separación lejos de borrarse actúa de forma activa, se perpetúa. He aquí el discurso, la ponencia. La acción permanece fuera. La propia distribución espacial en la que nos movemos se encarga de dar testimonio de la efectividad de la escisión: las paredes que acotan el espacio de esta habitación y que lo demarcan respecto a una exterioridad, a algo ajeno, la propia distribución interna que refuerza y sostiene el carácter pasivo (teórico) de lo que aquí acontezca, la situación de esta mesa, este micrófono, las sillas sobre las que se sientan...

En cada uno de estos mecanismos la frontera entre discurso teórico y acción, entre discurso y arte, teatro, performance, taller, sobrevive y se afirma insistentemente. Paradójicamente la diferenciación se mantiene precisamente ahora que ese límite-base entre teoría y acción es susceptible de ser al menos cuestionado. En esta "apertura de campo", precisamente ahora, y cada vez, que se intenta hacer filosofía en otro ámbito, cada espacio mantiene su estatuto, cada límite se eterniza, se redibuja o se traza con la misma intensidad. De manera desapercibida la frontera esquivo todo intento de borradura, perdura en el intento mismo de borrarla.

a contrapelo como peces de colores que cruzan de derecha a izquierda.**

Comprobamos que este discurso sigue ocupando el mismo lugar. Puede parecer incluso que la misma capacidad de poner en cuestión –esa capacidad de infligir violencia a los límites que caracterizaba este espacio- es la que mantiene la cesura abierta entre teoría y acción. ¿A qué se debe que el dominio enmarcado por esas tres palabras -filosofía en acción- respete y resguarde las parcelas tradicionales, admita las divisiones, incluya en sí la línea de fractura que pretendía de algún modo superar? Repetimos aquella pregunta: ¿realmente hay *un* dominio? ¿Se dejan unificar teoría y acción? Partiendo preventivamente de un no por respuesta: ¿qué impide que esta conjunción ejerza efectivamente esa violencia a la que nos referíamos? ¿Qué mecanismos aseguran incondicionalmente la disgregación y la separación neta entre un campo y otro? A fin de cuentas: ¿qué hace que el discurso teórico sobreviva incluso cuando se encuentra más amenazado? ¿Qué permite que este discurso -el mío, el de aquí ahora- siga siendo pura e

** “*peces de colores que cruzan de derecha a izquierda...*”: verso de un poema de Pau Ruíz Bernat. Una vez más: una voz, un discurso, un autor.

inviolablemente teórico? En cada una de estas palabras este discurso se empeña en mantenerse fiel a sí. Al mismo tiempo, en cada una de estas palabras este congreso parece traicionarse a sí mismo.

He aquí la hipótesis que cabría proponer: ciertos dispositivos configuran esa

Ruego que se me

línea que es el horizonte de lo teórico, actúan en cada discurso y tienen por función **permita hablar de “dispositivos”**.

conjurar toda posible intrusión, mantener protegida y a buen recaudo esa pasividad que define a lo teórico y lo aleja de la acción. Podríamos decir que neutralizan ese *en* que

Bases de lo

amenaza con cambiar los lugares o, al menos, poner uno *en* otro tal y como el título **teórico implícitas y silenciosas en todo discurso, que definen su terreno.**

anuncia. Pero ¿cuáles son estos dispositivos? ¿Es que hay quizá ciertas reglas de marginación y exclusión encargadas de delimitar el campo de la teoría, establecer la frontera, el corte entre el adentro –lo teórico, lo filosófico- y el afuera? Reglas tácitas que de no ser obedecidas ubicarían al discurso más allá del espacio por ellas circunscrito.

Se podría decir más: en una situación como la nuestra –hoy aquí a lo largo de este pequeño discurso que yo pronuncio- estas reglas deben encontrarse activa y calladamente presentes y, por lo tanto, de un modo u otro localizables. Es más, quizá precisamente este *hoy aquí en este discurso que yo pronuncio* constituya la base de estas reglas de marginación si no la regla misma. ¿Puede delinear este *hoy aquí mi discurso* el marco de lo teórico?

Hoy aquí este discurso es el mío. Yo lo pronuncio.

Hoy aquí este discurso es el mío. Yo lo pronuncio. Esta mesa, este micrófono, esta voz lo atestiguan. Alrededor de este yo tras el cual parece ocultarse algo así llamado autor, se administra el espacio de esta sala, los lugares –los asientos, los suyos y el mío-, se reparten y ordenan los silencios, los turnos y el derecho de acceso al habla, se articula todo un procedimiento que otorga a estas palabras el carácter de discurso, de ponencia. Pero es en un nivel aún más básico en el que la figura del autor, ese yo que ahora pronuncia o ese yo que escribe y firma, ejerce su poder de delimitar y conformar lo teórico. De hecho, el discurso teórico parece sostenerse, al menos en parte, sobre esa figura del autor. Las primeras casillas que deben ser ineludiblemente rellenas con un nombre y unos apellidos en el encabezamiento de un protocolo de presentación de comunicaciones exigen que así sea. Se exige un yo que legitime el discurso, un alguien

De algún modo se exige un yo que legitime el discurso, un alguien

al cual pueda ser atribuida cada una de las palabras dichas, que las configure como al cual se pueda atribuir cada una de las palabras dichas, que las configure en tanto que **teóricas y las proteja de cualquier intento de ser sacadas de su espacio.** teóricas y las proteja de cualquier intento de ser sacadas de su espacio, de ser puestas, pongamos por caso, en acción.

Platón evocaba la necesidad de una figura reconocible tras la voz de un discurso en el momento mismo en que intenta advertir sobre los peligros de la palabra escrita. “Ya no somos aquellos a los cuales, puesto que no eran sabios, bastaba en su simplicidad oír a una encina o una piedra. A ti tal vez te importa quién es y de donde es el que habla”. En el nacimiento de la metafísica occidental el Fedro demanda la presencia de ese que habla, para, simultáneamente y en un mismo movimiento, trazar la línea que nos separa de aquellos que marcados por la simplicidad y la falta de sabiduría escuchan el discurso sin autor. El yo inaugura y mantiene el estatuto de lo teórico en el nacimiento mismo de la metafísica, al mismo tiempo que lo diferencia de aquel discurso

en un intento de conjurar los peligros de un nuevo extraño que parece provenir de ninguna parte. Marca la distinción entre el ignorante y el **lenguaje, el de la escritura, lenguaje peligroso por amenazar con disolver la diferencia** filósofo, entre lo teórico y aquello que le resulta ajeno. Se traza así una primera frontera. **entre el ignorante y el filósofo. Se traza así una primera frontera: la que separa lo propio de lo extraño, lo racional de aquello que le resulta ajeno, lo dicho de lo escrito. La voz del habla oral se instaurará en el nuevo campo de la escritura, marcando sus características y condiciones de inteligibilidad, en un intento de conjurar los peligros del signo escrito. A partir de este punto será esa voz la que desapercibidamente dictará las condiciones de lo teórico.**

Esta voz presente e identificable del que habla constituye el sello sin el cual no hay posible acceso a ese saber que, una vez inaugurada la metafísica, se define precisamente como contemplación, como teoría. Así pues, resultará necesario rastrear brevemente cómo la figura del autor se relaciona tan estrechamente con el establecimiento de la teoría, de qué modo firma desde un principio la carta fundacional del discurso.

Segunda frontera: la presencia de una voz, de un quién reconocible, marca el lugar propio del sujeto -he aquí la voz, la mía que aquí pronuncia- sujeto que por mera correlación requiere frente a sí otro lugar, el del objeto, lugar hacia el cual se dirige el discurso y del cual se ocupa. Efectivamente el discurso teórico se mueve necesariamente en la tensión establecida entre un sujeto y un objeto que es tomado por

tema y que el sujeto pasivamente admira y contempla. Es necesario un corte limpio, una escisión entre los dos campos, entre el sujeto y el objeto, para que el discurso pueda *hablar de*. Cuando era a la piedra o a la encina a la que se escuchaba, en ese momento

Es la problemática supervivencia de la voz del discurso oral en el interior del en que se hacía patente la falta de un *yo aquí*, el habla no dejaba reconocer un tema, **discurso escrito, esa presencia del *yo aquí* que exigía Platón, la que cortará y mantendrá** propiamente, tal vez diría Platón, se hablaría de nada. Sin la institución de un yo que **la escisión entre sujeto y objeto, escisión fundamental si lo que se pretende es llevar a** contempla, toda posibilidad de un discurso teórico en el cual se contemple algo, que **cabo el proceso de tematización, o, en general, de *hablar de*. A fin de cuentas, de** tematicice, resulta cercenada de base. La transparencia del discurso, esa capacidad de **instaurar un discurso teórico.**

hacer que a través de las palabras proferidas se contemple un tema, pasa inevitablemente por esta constitución y delineación del objeto, que inmediatamente responde a la demanda de un sujeto que hable. De no ser así el discurso resultaría

Podríamos decir que sin voz no hay objeto, impenetrable, forzosamente opaco e inaccesible. Desde luego, jamás se podría decir que **incluso allí donde la voz parecía haber desaparecido –en la letra escrita- .** fuese teórico, a lo sumo mítico, poético tal vez. Quizá no resulte azaroso que la línea de salida de la metafísica coincida con el trazado de la frontera entre el sujeto y el objeto, entre el autor y el tema, a fin de cuentas, con este trazado de los límites del discurso teórico.

Tercera frontera - frontera que se dibuja siempre simultáneamente, al mismo
Tercera frontera.

tiempo que se delinean aquellas que la acompañan y siempre en un mismo gesto-: *hoy aquí, no en otro lugar ni en otro momento, yo pronuncio este discurso y sólo éste.*

Es este el punto en el cual la figura del autor no se ciñe exclusivamente a un yo

Necesariamente una única voz enmarca un único texto. Lo identifica.

personal, o, dicho de otro modo, si se liga y refiere a un yo, éste se desborda yendo más allá de lo personal para formar parte del tejido discursivo, más aún, para formar desde su base ese mismo tejido. Este yo no es tan sólo este que habla y escribe, que con su voz o su mano emite palabras, sino que va más allá. Constituye el principio de unidad, agrupación y coherencia del discurso. En este sentido es la condición tanto de ese *hoy* como de ese *aquí* que orbitan a su alrededor, en la medida en que unificándolo lo ubica, lo circunscribe en un *este de aquí y ahora*. Hace que sea esta ponencia y no otra al

Aquí y ahora yo hago que esta sea esta ponencia, la de aquí

marcar sus propios contornos, los márgenes donde empieza y donde acaba. En pocas **y ahora, con sus contornos y márgenes.**

palabras: le confiere la identidad necesaria para que resulte disponible a todo aquel que desee tener acceso abierto.

Contornos y márgenes que dibujan una identidad, identidad que a la vez se constituye en base a esa voz única, la línea continua de la voz hablada, oral, que yendo más allá de sí misma se impone en campo extraño: en la escritura. Al fin y al cabo una linealidad, en todo momento tan sólo una. Condición indispensable de su transparencia, de su inteligibilidad y por lo tanto de su carácter teórico

Esto conlleva que el autor, en tanto que dispositivo de identidad y de coherencia, deje de tratarse meramente del “dispositivo autor” sino de *el* autor. En ese sentido no se requiere tan sólo cierta vocalidad, sino *una voz, una* firma. Ésta única en cada caso.

A partir de aquí se da un nuevo paso: la unicidad de la voz es transferida como condición de disponibilidad al propio discurso. Así, el discurso teórico demanda,

Únicamente una voz traza los márgenes del discurso teórico.

además de la presencia del autor de un modo u otro presente, cierta linealidad. Cierta linealidad y continuidad aseguran la inteligibilidad de lo dicho para aquel que pasivamente lo contempla. La linealidad temporal de la voz hablada a la cual se refería Platón en su Fedro se vuelve condición imprescindible del discurso teórico, transfiriéndose incluso de manera tal vez subrepticia al discurso escrito, precisamente ese que Platón intentaba alejar como si de un peligro se tratase. De hecho, de no ser por **de no ser por**

esa linealidad no sería viable pasividad alguna, el discurso resultaría difícilmente **esa linealidad no sería posible localizar identidad discursiva alguna.**

atractable partiendo de una actitud meramente pasiva. Desgraciadamente para él, el

¿Cabe fracturar el discurso? ¿Hay discurso

espectador-lector pasaría a encontrarse incómodamente fuera de lugar.

fracturado? ¿Discurso? Multiplicidad de voces, y líneas no unificables, pongamos por

En cada dispositivo puesto en marcha, en cada uno de los trazos encargados de dibujar **caso- lo siento, no puedo dejar de citarle- Mallarme:**

esos límites, se ha afianzado esa pasividad de la contemplación que, como decíamos, define lo teórico.

EL PATRÓN

**fuera de antiguos cálculos
en que maniobra con edad olvidada**

surgido

infiriendo

de esta conflagración

Volvemos atrás y recorremos lo dicho. Primer trazo: se instituye el hablar teórico a la vez que se diferencia y pone a salvo de aquel que le resulta ajeno, el de “aquellos que escuchan a la piedra o a la encina”, del mítico o poético. Segundo trazo: se constituye el objeto-tema disponible –primera pasividad- al sujeto al sujeto que lo contempla –segunda pasividad- y que después deberá verter en el discurso. Tercer trazo: el discurso resultante se unifica, se ubica y se hace disponible al espectador-lector que en base a la univocidad y a la unilinealidad lo comprende –tercera pasividad y cierre de la cadena-.

Así pues, ese privilegio de la voz al cual nos referíamos al principio lejos de ser circunstancial constituye una regla inviolable para la constitución de lo teórico. El derecho al habla debe ser cuidadosamente regulado y ordenado, cada lugar ha de ser rigurosamente dispuesto, cada elemento del espacio delimitado y concretado, desde la disposición de las sillas hasta la tipografía del texto. No respetar estos supuestos equivale a impedir la pasividad (teoricidad) del discurso.

De hecho, cualquier disposición de una sala de conferencias resultaría inadecuada para hacer justicia, pongamos por caso, a un discurso que duplicase su voz, que se disgregase a cada paso en una multiplicidad de líneas y direcciones sin dejarse reunir ni acotar en el interior de unos límites determinados.

Una vez localizadas esas reglas tácitas y los dispositivos que determinan el **Localizar las reglas tácitas y los dispositivos que determinan el dominio propio de lo teórico** protegiéndolo ante cualquier intrusión, que mantienen su **dominio propio de lo teórico** pureza e inviolabilidad, cabe imaginar, aunque sea de manera meramente tentativa, un discurso tal que se mantenga ajeno a ellas, que no cuente con esos dispositivos o que los **para** eluda sistemáticamente. Un discurso a dos o más voces, no unilineal, en el cual no se **eludirlos sistemáticamente. Discurso a dos voces, no unilineal, discurso que no se** localiza un único autor reconocible. **deja localizar bajo la firma de un autor, sin ser anónimo.**

Discurso que no se deja percibir en términos de mera teoría, que quiebra la pasividad del receptor, y que a la vez

no cae en el campo de la acción, con la consecuente incomodidad –incomodidad del que no se ubica, del que está fuera de lugar-. Sin salir de la sala de conferencias no se deja

En la sala de conferencias no se deja

percibir como una conferencia, no cae en su campo. Ni ponencia ni performance, ni

encajar pasivamente como una conferencia. Intruso. Ni

teoría ni acción,

teoría ni acción, en el *entre* que dibuja la frontera.

ni aquí ni allá, sino justo en medio, en el lugar neutro de aquella *y*, lugar problemático de la línea limítrofe que constituye la frontera entre los campos. Este presunto discurso –dejemos por ahora preventivamente y como con cautela esta palabra: discurso- se percibe como "fuera de lugar". En este sentido se

Deportado, "fuera de lugar" o ajeno a todo lugar.

disloca, se desterritorializa. Este dislocar permite cuestionar la frontera entre los campos teórico y práctico situándose precisamente en ella, entre un espacio y otro, ni en

Dislocar

uno ni en otro. Hoy aquí, en el intersticio justo, *entre* teoría y acción.

hoy aquí precisamente.

BIBLIOGRAFÍA:

- Foucault, Michael. "El orden del discurso" Tusquets Editores. Barcelona 2005.
- Derrida, Jacques. *Mallarme* en "¿Cómo no hablar? y otros textos.", *Revista Suplementos Anthropos*, num. 13, Barcelona, 1989.
- Mallarmé, Stéphane. "Poesías seguidas de Una tirada de dados" Ediciones Hiparión. Madrid, 2003